

CAPITULO IV.

EXCESOS DE LOS HEREJES DEL SIGLO XII.

Promueven persecuciones á la Iglesia en Alemania, Inglaterra, Francia y otros Estados.—Los herejes arruinaron imperios florecientes.—Inconstancia, disensiones y relajacion moral de los sectarios y de sus protectores.—Obligan á la potestad civil á reprimir tantos excesos.—Hechos históricos.—Muere en una hoguera el jefe de los Paulacianos.—Asesinatos ordenados por Tanchelino.—Excesos de los Arnaldistas.—El pueblo quemó á Pedro de Bruis en la hoguera donde el hereje estaba quemando imágenes de Santos.—Eon de l' Etoile.—Gilberto de la Poire.—Los Albigenes, Cataros y Valdenses.—Consideraciones.



HEMOS reseñado brevemente los grandes padecimientos de la Iglesia en el siglo XII, ocasionados por una política egoísta, que los herejes supieron inspirar excitando la codicia y ambición de príncipes que se honraban con el título santo de católicos. Distinguiéronse entre todos, mereciendo tan lamentable gloria los emperadores de Germania. En la segunda mitad del siglo XI ocupaba el trono de Alemania un emperador que empleó sus cincuenta años de reinado en la persecución más dura y obstinada contra los celosísimos papas San Gregorio VII y Víctor III. Pascual II tuvo muchos motivos en que ejercitar su paciencia y fortaleza, por el orgullo y ambición de aquel monarca cismático y sacrilego, que mereció la excomunión de tres pontífices, y cuya insaciable codicia le precipitó en el exceso de vender las dignidades eclesiásticas de sus Estados, suscitando la famosa cuestión sobre investiduras, en que ya nos hemos ocupado. Como regalías de

su poder monárquico, quiso conceder la jurisdicción eclesiástica al mejor postor. Imitó aquel ejemplo lamentable Enrique IV, ensañándose ferozmente contra el Pontificado, hasta el violento extremo de prender al papa Lucio, y reproduciendo algún tiempo después nuevos y mayores atropellos en Roma y dominios pontificios con bárbaros ultrajes hacia la persona de Gelasio II, á quien privó de su libertad. Este digno y virtuoso Papa difícilmente pudo librarse de la cárcel y crueles persecuciones de aquel Príncipe sacrilego.

Ya Guillermo II de Inglaterra había escandalizado al mundo católico, á causa de sus violencias contra el clero, robo de alhajas destinadas al culto divino, é incautación de las propiedades eclesiásticas, que regaló á sus aduladores palacios. Persiguió este Príncipe á S. Anselmo de Cantorberi, gloria de su patria en aquel siglo y celoso defensor de las inmunidades eclesiásticas; y no satisfecho con esta y otras injusticias, concibió el proyecto de romper la unidad católica dictando disposiciones para cortar la comunicación de los Obispos y clero de su reino con la Santa Sede. ¡Tanta iba siendo la osadía de los herejes apoderados de la dirección política de muchos pueblos, para explotar los vicios de sus reyes, poniéndolos en hostil oposición y desobediencia con el Papa y demás prelados católicos!

Felipe I, rey de Francia, atropelló con su ejército á los pueblos del virtuosísimo Ivon de Chartres, que no quiso resistir, aunque pudo hacerlo con ventajas; y el delito de este Obispo consistía en oponerse al matrimonio del Monarca con Bertrada, viviendo su mujer legítima la reina Berta. Los Padres reunidos en el Concilio de Poitiers, con el fin de remediar aquel público delito de bigamia, fueron apedreados; y se quitaron las mitras con que cubrían sus cabezas venerables, para recibir mejor el golpe de las piedras arrojadas contra ellos por los viles cortesanos de aquel Monarca incontinente. ¡Admirable acto de valor! ¡Digna y santa imitación de los valerosos mártires del Cristianismo! ¡Noble ejemplo de heroica independencia, legado á la admiración y aplauso de las generaciones venideras! Igual resolución demostró el arzobispo de Cantorberi, Santo Tomás, oponiéndose respetuosa y dignamente á las invasiones de su Rey en asuntos espirituales reservados á la eclesiástica jurisdicción; firmeza que le hi-

zo perder todas sus rentas y la vida, por no quebrantar la observancia de los cánones, pues el Arzobispo fué asesinado ferrozmente.

En aquella época infausta muchos señores imitaron la conducta de sus príncipes. La historia nos conserva entre repetidos ultrajes y atropellos el recuerdo de Cencio Frangipani, abofeteando al pontífice Gelasio II; á los turbulentos sobrinos del emperador Enrique, cometiendo violencias de todo género contra la Santa Sede; á un duque de Sicilia invadiendo armado el territorio pontificio, que llenó de espanto y desolacion, apoderarse traidoramente del Papa, con el fin de arrancarle la investidura del reino de su título; al duque de Aquitania, soberbio, cruel, disoluto, perseguidor tenaz de los Obispos y protector del cisma; las tropelías de Federico Barbaroja y de su hijo Enrique, asesino del cardenal obispo de Lieja san Alberto; á los Gibelinos, feroces enemigos de la Santa Sede, cometiendo sacrilegios, muertes, robos é incendios; á los Arnaldistas enseñoreándose de Italia, matando al papa Lucio de una pedrada, y arrojando de Roma violentamente á Eugenio III, y por fin, los sacrílegos excesos y perturbaciones con que Juan Sintierra y el emperador Oton inauguraron el siglo XIII.

Hemos dicho que todas las calamidades desencadenadas contra la Iglesia en los tiempos referidos, provinieron de los apóstatas y herejes. No se limitaron estos hombres á sostener de buena fe una opinion equivocada sobre asuntos teológicos ó filosóficos. Valíanse ordinariamente de pretextos religiosos, con el fin de ocasionar revoluciones y trastornos que, alterando la paz pública, motivaron las guerras y desolacion más formidables. Así es que países florecientes se vieron arruinados cuando en ellos la herejía logró difundir su relajacion moral. Indudable prueba nos ofrece la decadencia del imperio cristiano de Roma, que se arruinó por los vicios de los arrianos y otros sectarios de aquel tiempo. El pueblo fiel, esclavo y oprimido, lamentaba tristemente los males de su patria, causados por los hombres perversos y avaros que dirigían la cosa pública. En los desarreglos de una corte abandonada á los goces materiales, y en la repugnante tiranía de los poderosos, hallaron coyunturas favorables para sus planes: y enervándose las fuerzas de aquel pueblo heroico en otros tiempos, ya no

pudo resistir á las bárbaras razas germánica, eslavona y asiática que le acometieron. Hallábase el Imperio dividido en el siglo V, desapareciendo bien pronto su parte occidental, que se fraccionó en diferentes nacionalidades. Pudo conservarse algunos años el Imperio Griego de Oriente, mas ocasionó la ruina del Estado una serie de monarcas como Zenon Isaurico, Focas, Constante II, Leon III, Leon IV, Nicéforo, Miguel II, Miguel V, Zoe, Alejo, Andrónico, Isaac Comneno, Alejo Ducas y Andrónico Paleólogo, con sus vicios y la proteccion que concedieron á la herejía.

Floreció en Africa el cristianismo, siendo considerable el número de Obispos que se reunieron para celebrar aquellos Concilios tan célebres en los fastos de la Iglesia. Poblaciones florecientes habia en dichos países: y era muy crecido el número de sus monasterios. Mas empezaron á extenderse las herejías, y especialmente la de Donato, que contaminó á muchos Obispos. Estos con su ejemplo y persuasiones sedujeron al clero regular y secular, y Dios permitió á los Vándalos apoderarse de aquellas regiones de herejes, viniendo despues el Islamismo á sumirlas en bárbara ignorancia. La decadencia de su civilizacion empezó cuando se apartaron de la Iglesia, obstinándose en los errores donatistas contra las amonestaciones de S. Agustin. Reinando el emperador Heraclio, todo el Oriente fue invadido por las herejías, y Cosroes se apoderó de Jerusalem y de la Siria, llenando aquellas comarcas de luto y estragos. Por el mismo tiempo apareció Mahoma, que no extendiera tan fácilmente sus conquistas, si los pueblos hubieran sido fieles á la verdadera religion: pero estaban infestados por diferentes errores, ó vivían torpemente en la depravacion del paganismo. Si España tuvo esfuerzo para luchar setecientos años por su independenciam, lo debió seguramente á la inquebrantable fe y unidad religiosa de sus heroicos guerreros.

Los herejes han llenado el mundo de perturbaciones, pero haciéndose mutuamente cruda guerra, porque sus doctrinas falsas no han podido conservar principio alguno de unidad. En la historia de las herejías hallamos un carácter privativo de inconstancia é insubordinacion, que desde su origen las divide, siguiéndose despues la intolerancia religiosa más violenta, y una repugnante depravacion moral, condiciones propias de

hombres que profesan el error. Refiere San Jerónimo las costumbres de los Jovinianos, que fueron por sus vicios y lujuria el oprobio de la humanidad. Escritores de su tiempo han conservado pruebas sobre la relajacion de los Maniqueos. Acerca de este asunto hicieron San Atanasio y San Hilario graves cargos al arrianismo. Y aparecieron despues nuevas herejías que llenaron de escándalo al mundo, viniendo por fin los Luteranos para demostrar todo cuanto vamos recordando, por que autorizada la interpretacion privada de los sagrados libros, introdujo en su dogmática profundas divisiones, donde hallaron acogida los delirios más groseros, quiméricos y absurdos del entendimiento humano, y una depravacion exagerada por alguna secta protestante, hasta sancionar no ya la poligamia, sino la infame comunidad de hijos, hombres y mujeres. Fué Lutero deshonesto é inconstante, y permitió á sus discípulos el pecado lamentable de bigamia en que incurrieron Æcolampadio, Bucero, Carlostadio, el Landgrave de Hesse y otros señores de su comunión.

Distinguíéronse los príncipes herejes por sus vicios, como vemos en la funesta pléyade de emperadores griegos, enemigos de nuestra santa Religion. Léanse los hechos de aquellos emperadores de Occidente perseguidores de la Santa Sede; examínese despues la historia de Enrique 3.º, Federico y Luis de Baviera. Enrique VIII de Inglaterra fué un mónstruo de crueldad é incontinencia, y no fue más pura ni ménos feroz su hija Isabel, que hacía matar á sus favoritos para ocultar grandes faltas y debilidades. Resaltó en contraposicion la tolerancia y misericordia de la Santa Sede para los fieles que, arrepentidos de sus culpas, pedían ábsolucion de ellas.

La Iglesia católica no empleó violencias contra la temeridad de los dialécticos, á cuyos profesores concedió campo libre en el palenque literario: prueba de esto fueron Abailardo y Berengario, que despues de convencidos, pasaron el resto de sus dias en absoluta libertad, y hasta concediendo al primero una importante prelación en su Orden Benedictina. La potestad civil no impuso penas afflictivas á estos profesores obcecados, y á los demas herejes arrepentidos que ántes pública y privadamente, por escrito y de palabra, en las cátedras y el púlpito, defendieron teorías opuestas al catolicismo: sólo con las censuras eclesiásticas se procuraba contener aquel

desbordamiento de la humana inteligencia. Mas aumentó semejante lenidad la osadía de las heresiarcas que se lanzaron á sangrientas aventuras, aplicando las fatales consecuencias de su dogmática al gobierno secular y constitucion civil de las naciones. Entónces la potestad secular debió alarmarse, y quiso intervenir, pues que tan de cerca le tocaban sucesos que nuestros enemigos procuraron desfigurar.

Entre tantos recuerdos como la historia nos conserva, preciso es citar alguno, restableciendo verdades oscurecidas por relatos muy parciales. La doctrina odiosa é inmoral de Manes, mezclada con las absurdas impiedades del Paulicianismo, apareció nuevamente en la Bulgaria. Estos hombres fanáticos, que aceptaron además el antiguo error de los Milenarios, negaban la existencia, el valor y uso de los sacramentos y práctica de toda obra buena, y haciéndose políticos, sublevaron á los pueblos contra sus legítimas autoridades. Infestóse aquel país por gavillas de bandidos, compuestas de hombres que despreciaban el ejercicio de las virtudes, las prácticas de religion y la santidad del juramento. Aquellos hipócritas sectarios, aparentando grave austeridad, eludían las leyes humanas y divinas; se apropiaban lo ajeno, y cometían todo género de excesos para satisfacer su refinada incontinencia y sórdida avaricia. El emperador de Oriente Alejo Comneno se vió precisado á ejercer justicia contra los perturbadores del público reposo; mas no lo hizo sin intentar primero ponerlos en razon por medios suaves y pacíficos, mandando al jefe de la secta que hiciera retirar á sus hogares á aquellas turbas de malvados entregados al saqueo y violaciones bajo el pretexto hipócrita de religion; y Basilio, que era su profeta y general, desobedeció los deseos del príncipe, ofreciendo demostrar la verdad de sus creencias, arrojándose á una hoguera, de la cual prometía salir ileso, en prueba de la proteccion que Dios le dispensaba. Hízose pública la oferta del atrevido hereje: el pueblo, siempre dispuesto á creer lo maravilloso, confiadamente esperaba el milagro, y entre tanto se iban aumentando de dia en dia las facciones sublevadas. Para desvanecer aquella obcecacion y fanatismo, creyó conveniente el Emperador admitir el reto: era, pues, necesario que el hereje cumpliera su promesa y aún cuando pudo retirarla no lo hizo, resistiendo las invitaciones que

se le dirigieron, porque su orgullo y el temor del público desprecio, pudieron más que la certeza de perder la vida miserablemente. Rodeado el hereje de sus discípulos, se dirigió á las llamas y consumó un verdadero suicidio, desoyendo las amonestaciones y consejos que debieron retraerle de cumplir su oferta temeraria. La Iglesia católica no intervino en este asunto, siendo bien gratuitos los cargos que se la hacen; ni el Emperador pudo evitar aquel bárbaro espectáculo en que se ofreció voluntariamente como víctima un hombre que acaudillaba facciones armadas de fanáticos; pues no podía fomentarse la credulidad del pueblo, seducido con doctrinas que su jefe ofrecía demostrar por medio de milagros. Era, pues, necesario concederle libertad para ejecutar dichos prodigios, como un medio seguro de conyencer á gentes tan obcecadas. Así es que muchos, viendo la muerte de su maestro, tiraron las armas volviéndose á la tranquilidad de sus hogares; mas otros continuaron aquella vida criminal y aventurera, que tanto cuadraba con sus aficiones. La justicia secular tuvo que reprimir á estos malvados: aquéllos á quienes no pudieron probarse delitos recobraron su libertad, pero algunos incendiarios y asesinos fueron castigados con la muerte: y la pena más grave que se impuso á los ladrones, fué la de prisión temporal. Volvieron á sublevarse poco despues desahogando su rabia contra los pueblos católicos, aún cuando en su castigo no había tomado parte la Iglesia. Los tribunales para delitos de fe, todavía no existían con el carácter privativo que se les concedió más tarde. Es ciertamente grave error histórico el suponer que la Inquisicion quemó á Basilio. Cometió este hereje un suicidio, que autorizó la potestad civil, y jueces seculares ordenaron los castigos aplicados á los Paulacianos para satisfacer la pública vindicta ultrajada con delitos bien atroces.

Oscurcieronse aquellos crímenes por otro delirante fanatismo, que principiando en Bélgica, se extendió cual mortífera epidemia en los Países-Bajos y Zelandia, reproduciendo al Gnosticismo y Maniqueismo en errores de que hasta los paganos se habrían espantado. Tanchelino, hombre disoluto, de corta instrucción, pero hábil intrigante, fué el patriarca de la secta más alucinada y estúpida que el mundo ha conocido. Con especial sagacidad supó extraviar el criterio de

sus partidarios, hasta en los asuntos que más de cerca lastiman el honor. Suponiéndose aquel hereje una viva encarnacion del Espíritu Santo, exigía culto, y con su torpe incontinencia mancillaba la honestidad de muchas desgraciadas, que esperaban santificarse con el comercio carnal de aquel hombre abominable. Se disputaban los padres y maridos la honra de entregarle sus hijas y mujeres, despojábanse de sus alhajas y dinero para satisfacer la codicia del bandido, y abusando de tan crédula obcecacion, disponía de sicarios que descargaban todo su furor contra los que no aceptaban la mision de aquella divinidad avara é incontinente. Un hombre tan osado no tuvo reparo en anunciarse como el único representante de la Iglesia cristiana, y combatió la gerarquía eclesiástica, los sacramentos, disciplina y ritos, llevando su desvergüenza y cinismo hasta el impío extremo de casarse con una estatua de la Virgen; y con este motivo, solicitó que para formar el dote de la desposada cediera el pueblo sus alhajas, logrando por este medio robar grandes valores. Aquellas víctimas de semejante estafa, llevaron además su ignorancia y preocupación hasta el punto de beberse y aplicar á la curacion de sus dolencias el agua que el miserable seductor solía emplear en la limpieza de su cuerpo. Contra estos sectarios tan criminales y fanáticos la Iglesia empleó su caridad, procurando reducirlos á la razon con amonestaciones paternales por medio de san Norberto y algunos religiosos de su órden, que lograron desimpresionar á tan desdichada gente. Contentóse el Arzobispo de Colonia con mandar que se aprisionara al jefe de la secta, y no debió ser muy rígido su encierro, cuando al poco tiempo halló coyuntura de escaparse; fuga bien costosa para el hereje, que apareció asesinado por algun padre ó marido de tantos como ultrajó villanamente.

Como los errores contra la moral y el dogma cristiano sólo eran pretexto para combatir el principio de autoridad y cambiar la constitucion política de las naciones, cometiendo todo género de excesos, levantáronse nuevos sectarios en Bélgica y en Francia. El hombre pervertido, que no quiere abandonar sus goces materiales, acepta con afan una moral acomodada á su conducta, y pretesta fines políticos para que la legislacion civil de los pueblos guarde consonancia con su dogmática estragada. De este modo se comprende la propension de los heresiari-